
Tomándose el diálogo en serio. Para situar la ética en el corazón de la sociedad democrática desempeñando la misión de la Iglesia

Roberto Noriega Fernández
Estudio Teológico Agustiniano
Roberto_noriega@agustinosvalladolid.edu.es

Recibido: 30 noviembre 2025 / Aceptado: 20 diciembre 2025

Comentario a propósito del libro: Julio L. Martínez, SJ, *El diálogo en las entrañas de la moral* (Presencia teológica 324), Maliaño 2025, Sal Terrae.

La teología moral en los momentos actuales debe ofrecer una reflexión crítica sobre las exigencias que conforman los denominados ‘signos de los tiempos’ y posicionarse ante un panorama extremadamente complejo en el que no resulta fácil advertir los caminos ciertos a seguir, obnubilados por las inmensas novedades científicas y los rápidos cambios que sus aplicaciones tecnológicas presentan a la ciudadanía. Colabora para determinar el paso de lo que se puede hacer a lo que se debe hacer, basado en los mejores criterios que ayuden a cada individuo a tomar las riendas de su vida, y a los responsables directos de las sociedades a legislar y ordenar las instituciones y estructuras. Estas deberían facilitar que cada persona alcance unos niveles mínimos de realización humana, cimentada en el respeto de los derechos y el cumplimiento de los deberes nacidos de las relaciones que constituyen al ser humano.

Este empeño no responde al respeto de formalismos académicos, aunque la escucha interpersonal sea “expresión eficaz de respeto y reconocimiento de la dignidad” (p. 328). Se propone elaborar un trabajo “serio”, entendido como un compromiso con la verdad que no hace ama-

gos estéticos. Antes bien, se empeña concienzudamente a desentrañar las complejidades que nos envuelven por los entretejidos niveles de una realidad enmadejada.

El diálogo aparece como una exigencia compartida con planteamientos similares de otros lectores y actores de la realidad. En su salida al encuentro de los saberes presentes en los ágoras públicos, la teología moral se cuestiona acerca de su presencia y las condiciones de la mejor participación a la hora de cumplir el objetivo de buscar la verdad en sociedades plurales, polarizadas y situadas ante problemas novedosos.

I. Perspectiva de fondo

I.1. Una hermenéutica ajustada a los signos de los tiempos

Es labor de toda la teología, y por tanto de la moral, responder a los signos de los tiempos como signos de Dios y dar continuidad al proceso de renovación pedido en el Concilio Vaticano II. En estos momentos se expresa en “la llamada a establecer conexiones efectivas entre el testimonio de los fieles, el oficio de los teólogos y el magisterio de los pastores” (p. 194).

La complejidad de lo real es un hecho irrenunciable que perfila nuevas herramientas metodológicas intertransdisciplinarias. Una epistemología de la complejidad, que se adiestre en manejar la categoría de relación como forma de interconexión e interdependencia de todo lo real, afectará a la teología en su necesidad de actualizar los lugares teológicos.

La participación del pueblo de Dios es una de las fuentes principales de recursos para elaborar un paradigma que responda a los desafíos de hoy. Eso significa que el pueblo de Dios es considerado como un lugar teológico y como un lugar hermenéutico de una fe vivida e inculturada.

El oficio del teólogo pasa por apostar seriamente en su labor académica de situar la teología moral en la particular realidad española, insistiendo en “tejer y retejer una propuesta ética decente y a la altura de los desafíos epocales” (p. 239)¹.

¹ Amplía así la reflexión realizada anteriormente para la realidad europea. Cf. Martínez, J., *La cultura del encuentro. Desafío e interpelación para Europa*, Maliaño 2017.

Desde la tradición jesuítica que alimenta la enseñanza magisterial del papa Francisco, sin desdeñar la voz autorizada de sus predecesores, se puede elaborar una auténtica hermenéutica que tiene como base la fidelidad creativa a la historia. En ella se capta la Tradición como algo vivo realizado desde un crecimiento coherente. Un criterio fundamental para renovar el conocimiento teológico-moral y las decisiones que respondan a un auténtico discernimiento -que provoca la salida de sí mismo para identificar la voluntad misteriosa de Dios- es la autenticidad de todas las instancias eclesiales implicadas.

1.2. Buscar juntos la raíz de la convivencia global

La teología moral que propone el profesor Martínez hace una “llamada a la unidad del género humano y a la responsabilidad común” (p. 243), que tiene el enorme reto de refundar la ética en torno a la dignidad humana. En un horizonte que incluye a las generaciones futuras, incorpora la preocupación por la naturaleza, aterriza en niveles político-sociales, y trata de recomponer en la era digital los criterios superados con el horizonte de la lógica del bien común. Ello significa desbordar el acto moral y salir del individuo hacia la totalidad de su sistema relacional, aspirando a unos mínimos de justicia que faciliten la convivencia de la diversidad. Significa, igualmente, rebosar los márgenes de las ciencias aisladas tal y como pide la subyacente cultura del encuentro. La preocupación por salir de sí mismo a la búsqueda del otro, reconocer su dignidad en la búsqueda de la verdad y aceptar la complementariedad de la propia identidad, lleva a establecer unas relaciones justas.

Se valora la cooperación como gran ocasión para el encuentro cultural y humano, y exige disciplinar las voces interiores si están impregnadas de prejuicios. Conlleva una capacidad de aprendizaje para adquirir un conocimiento práctico, ejecutado en actividades cotidianas cooperativas, y modulado por la evaluación de los diferentes pasos de un proceso cultural impregnado de deseos de cuidado y de paz. Se destierra toda forma de violencia en una renovada reflexión cuyo marco ético se ha quedado irremediablemente pequeño. Se comprende la paz como don de Dios y como tarea humana.

La ética está en proceso de asumir su dimensión mundial, planetaria y universal sin dejar de lado las distancias cortas o las dimensiones micro

y personales para pensar la justicia con perspectiva global. Advierte la necesidad de un encuentro de culturas y religiones como matriz de un ethos universal para ordenar el poder, hallar fundamentos éticos que favorezcan la convivencia por caminos correctos ante las certezas quebradas, y generar marcos que regulen las relaciones internacionales y frenen los frentes de confrontación.

Es una apuesta que remarca los siguientes desafíos: globalización, degradación medioambiental, desigualdad, diversidad de culturas y religiones, la guerra y las instancias legales y morales regulatorias.

I.3. Una fe amplia que habilita para el trabajo renovador

No es posible proponer un trabajo semejante a no ser desde una fe profunda, amplia en su extensión horizontal y vertical. Una oferta planteada que pasa por:

Creer en la importancia del momento actual de la historia para encontrar los caminos de la ética teológica. La empresa es de máxima relevancia y urgencia, es vital para la Iglesia y su diálogo con el mundo.

Creer que el conocimiento humano es un proceso, con capacidades poderosas de transformación del mundo por medio de la tecnología.

Creer en la buena voluntad de las personas con inquietud para interrogarse y por mantenerse despierto y atento. En la vocación del teólogo y del filósofo y del científico, en la seriedad de los planteamientos, en el desarrollo de sus vocaciones y ministerios a servicio de la sociedad. Lo cual no le impide señalar los riesgos y los desafíos que se enfrentan.

Creer en la búsqueda común de la verdad, como pasión. En el pensamiento autocrítico, en la argumentación lógica por el conocimiento de la historia y el peso del sentido común, abierto a la diversidad. La verdad es relación, es camino común.

Creer en el diálogo como forma superior de racionalidad hermenéutico-comunicativa. En un pensamiento que procede no por exclusión y oposición, sino por asociación y construcción de puentes y vínculos.

Creer en la razón afectiva, que inicia diálogos en torno de la dignidad y que genera afecto por el otro y sentirse afectado por él. Hay un reconocimiento de la dignidad que expresa un realismo encarnatorio.

Creer en el potencial de las sabidurías acuñadas por las religiones y por la razón humana. Se encuentran en el dialogo intercultural no dis-

criminatorio e intolerante. En el caso del cristiano, este diálogo permite exponer lo específico del que se orienta hacia el fin de la voluntad de Dios que dispone para la acción comprometida. Su fe motiva un juicio recto en lo concreto de la existencia, expresado en actos y actitudes, y fundamentado en la acción del Espíritu que se hace presente en los miembros de la Iglesia.

Creer en la educación, en el aprendizaje recíproco, en la empatía intergeneracional como medios para perseguir la justicia social y la solidaridad.

Creer en la búsqueda de valores comunes, aspirando al éxito de proyectos apoyados en sólidos acuerdos sobre bienes y valores.

Creer en las instituciones que buscan la justicia. En ellas se completa la aspiración de cada persona por la propia realización, y la aspiración a reconocer e integrar al otro en la búsqueda de la verdad dialogada. Tiene una comprensión amplia del espectro relacional.

Creer en el discernimiento que acompaña al diálogo. Gracias a él, el creyente puede descubrir y dar su contribución específica a la autenticidad de la moral en un mundo plural, llevando más allá de los confines de la fe explícita la eficacia histórica del Evangelio.

II. Notas primordiales

El tiempo apremia ante las rápidas y radicales mudanzas que están sucediéndose. Se percibe la urgencia de pasar de un pensamiento que busca seguridades objetivas, ya desbordadas, a uno que busca la verdad en el dinamismo y la evolución desplegado en un nuevo paradigma de la complejidad.

II.1. Los fundamentos teológicos desde la razón dialógica

La oferta dialogal de la teología no es mera estrategia instrumental. La moral quiere ser creíble y necesita mostrar su origen indubitable que remite al misterio mismo de la Trinidad, a la mirada de Dios (FT 281). Es un movimiento del Espíritu, inspirado por la encarnación. De la relación trinitaria, vivificadora del primado de la relación, se desliza la promesa divina de un futuro de reconciliación en el que la diversidad no impedirá la unidad fundamental. El diálogo trinitario cristaliza por la acción del

Espíritu en la Iglesia, de modo que la voluntad de entablar diálogo es una exigencia intrínseca a la Iglesia. Ella misma es diálogo (de Dios con el ser humano, y entre las mujeres y los hombres). El encuentro es expresión del ser de la Iglesia, reverdeciendo la intuición de la encíclica *Ecclesiam suam* de Pablo VI, que traslada a la tarea de la Iglesia el diálogo de salvación que Dios ha mantenido con la humanidad.

Así pues, es una teología para una Iglesia sinodal, instrumento de unidad vivida en la diferencia. Apta para una tensión bipolar -entre unidad y diversidad- que permite pensar en la comunión de forma dialógica expresada en diversas formas de obediencia.

La teología tiene que ayudar en ese gran propósito de transformar la Iglesia en un pueblo de discípulos misioneros² que ofrecen las verdades de la fe profundizadas desde la razón. La teología dialoga con la filosofía ensanchando las fronteras de la razón en todas las coordenadas: la recta razón dialógica, la razón comunicativa, la razón inculturada, la razón correlacionada, la razón holística, y la razón universal, sin perder las raíces en lo particular.

II.2. El empeño del diálogo

El diálogo contribuye al empeño primordial de la teología moral y beneficia su constante actualización. En la situación actual es como la clave de bóveda de la renovación de la ética teológica católica.

Se parte de inicio de conceptos básicos definidos por fronteras abiertas a cultivar una dinámica de revisión continua. Los novedosos cuestionamientos de la tecnociencia plantean encrucijadas de reflexión en las que urge disponer espacios de diálogo para pensar principios éticos a modo de punto de partida. Hay que establecer procesos dialógicos, de transformación continua. Estos se inician con buenas prácticas de comunicación integral, que cuiden todos los aspectos, incluyendo la conversión interior y las formas externas. El cuidado de las formas es benéfico en el reducir la crispación. La disposición dialogal se empareja con una auténtica búsqueda común de la verdad contemplada como horizonte y fundamento.

² Tal y como ha sido profundizado por el profesor Martínez en su libro: *Teología moral en salida. Deshacer nudos y afrontar retos*, Maliaño 2023.

Dialogar sin fronteras permite unir la razón humana, que permanece en el nivel sociopolítico, con las fuerzas de la Revelación para buscar el fundamento más profundo que reconoce la dignidad y el valor propios del interlocutor. La teología -desde el misterio de la Encarnación- traslada la necesidad de entablar un diálogo con la sociedad humana. Si Dios se “empalabra” lo hace para el encuentro en todas las culturas y en todas las personas. La llamada a dialogar es una constante en la teología y en el magisterio. Se trata de ajustarla suficientemente al momento actual que asume la tensión creativa entre la utopía y la realidad.

Plantear las exigencias de una búsqueda dialógica recoge una temática clásica de la filosofía moral que se hace preocupación contemporánea. Acudir a la historia muestra la fecundidad de ejemplos en los que la razón filosófica y la razón teológica se unen y entre ambas laboran mejor. De hecho, la DSI primero y la bioética después, ayudaron a la teología moral a adoptar una actitud de escucha y aprendizaje; al mismo tiempo que la teología contribuyó a su enriquecimiento suscitando preguntas de índole existencial y aportando una mirada a las periferias y lugares de miseria y sufrimiento.

Ejercitarse en el diálogo supone el respeto a la diversidad encaminada a la búsqueda de un bien común como horizonte de discernimiento. Lo común se integra en un cosmopolitismo urdido por una reflexión de amplia mirada³. Ayuda a construir una comunidad libre de iguales cuya clave es el reconocimiento de la persona con su dignidad infinita e inalienable. En ella se sostiene el trato justo a cada miembro de la comunidad humana. Hay que repensar en clave intercultural la base de la ciudadanía.

Empeñarse en dialogar habilita para suturar viejas heridas mal cicatrizadas que parecen querer reabrirse en sociedades instaladas en la creación de muros y remarcación de diferencias. Aquí es donde la teología moral tiene una labor primordial para “rehacer vínculos maltrechos o no logrados” (p. 20). Su participación debe ser honesta y la convivencia respetuosa, desde el ejercicio de la abnegación, expresión de amor y participación en la suerte de Jesús. Efectivamente, a la teología que afina las exigencias para llevar adelante su misión académica se le supone la tarea

³ Como ya señaló el autor en una obra anterior motivada por la pandemia del COVID. *Por una política del bien común*, Madrid 2022.

de alimentar dinámicas de auto-vaciamiento. Lo cual, de modo indirecto, desenmascara algunas actitudes de otros interlocutores -individuales o institucionales- instaladas en criterios de épocas pasadas, insuficientes para facultar la comprensión dialógica de la realidad.

II.3. La persona concreta

La propuesta dialogal debe ser flexible y real y aterrizar en el ciudadano concreto, enraizado y vinculado de múltiples formas en su comunidad particular. Explicar dicha incorporación de la persona dentro de un ‘cosmopolitismo enraizado’ (p. 287) concentra la naturaleza, la cultura y la biografía de los sujetos que participan y cuyas racionalidades pueden encontrarse en el estudio de sus disciplinas. Además, una metodología histórica para el crecimiento abre el diálogo hacia aquellos ciudadanos que tienen intereses y visiones contrapuestas a las de sus grupos de adscripción, evitando la tentación de bloqueos estériles.

El sujeto de la reflexión dialogal es el ciudadano, la persona humana en la integralidad del conjunto de sus dimensiones vitales, sentimientos inclusive. Se aboga por recuperar la fuerza del sentimiento en la razón práctica e integrar la vida buena con la exigencia de un constante trabajo de interpretación de uno mismo y de sus acciones. La adecuación entre los ideales de la vida y las decisiones vitales responde al profundo anhelo personal de una vida realizada.

Las personas necesitan argumentar, pero también estimar valores, ser amadas y compadecer. Son ciudadanos que sufren las consecuencias de la búsqueda de la verdad y la toma de decisiones sociopolíticas para garantizar la justicia de las instituciones. De ese modo, entran en escena las generaciones futuras, sin olvidar a los pobres de hoy, para incluir la perspectiva de los últimos. Partir de las experiencias de injusticia facilita para tender puentes entre las tradiciones éticas. Las tradiciones religiosas recogen la fuerza espiritual de las víctimas, que puede transformar a cada hombre en su interior, y volverlo justo y misericordioso.

Al preocuparse por cada persona, cuya dignidad es comprendida como basada en la creación divina, la teología hace posible la universalización del mensaje cristiano de salvación. Esta dimensión universal alimenta la esperanza de los que se sienten abandonados y olvidados, revelando la solidaridad, la amistad y la misericordia divinas ajenas a las ilusiones

posthumanistas. La cruz aparece comprendida como “un gran símbolo de la cultura del encuentro y del dialogo” (p. 53) que asume la finitud humana y expresa la aceptación incondicional de lo humano por parte de Dios. Es en el encuentro, inspirado en el episodio del buen samaritano, que se expresa la preocupación por el otro y el cuidado de sus heridas.

El resultado de esta aproximación moral es el discernimiento propio de “una ética de la razón cordial y sensible al sufrimiento y abierta a la realidad para transformarla en el sentido de la justicia y la reconciliación” (p. 348). Y una apuesta por renovar una ley natural de comprensión personalista, que afirme preceptos objetivos y universales no exclusivos del cristianismo.

Incorporar un zoom focalizado en el individuo será una seria advertencia para acompañar la evolución de la verdad encerrada en el momento actual. Esta puede estar alejándose de las plataformas tradicionales de sentido y transfiriéndose a espacios existenciales promotores de nuevos pozos de sabiduría vital de novedosa percepción.

III. Tareas de la teología moral

En un escenario inmerso y cambiante las tareas de la teología son improbas y desafiantes a la par que esenciales: “La teología moral tiene que afrontar los principios científicos y filosóficos que marcan la comprensión de nuestra época y dejar que expresen las potencialidades aun no desplegadas de la Revelación, para hacer emerger de la creencia cristiana posibilidades que aún no se han realizado, ya que las propuestas cristianas contienen significatividad viva y actual” (p. 359). Debe asumir el cambio de época e inculturarse, con lo que ello tiene de salir de sí misma para dejarse afectar por perspectivas ajenas en el realizar las lecturas propias de su ámbito religioso.

Dialogar supone un aprendizaje. De modo que una faena fundamental es la formación en las habilidades dialogales y generar un contexto mínimo que permita su expresión. Dialogar llama a la práctica de unas reglas de juego conocidas, aceptadas y entrenadas. En las últimas décadas, la expansión del mundo digital está afectando a todas las ciencias, y por tanto también a la teología, acentuando las exigencias dialogales para iluminar la verdad humana en el mundo virtual. Su irrupción remarca la

importancia de potenciar la capacidad crítica cultivada junto a la interiorización y el conocimiento. Junto a una sensibilización y movilización urge una participación informada.

III.1. Tareas dialogales *intra ecclesiam*

La teología moral se aproxima al diálogo como una manifestación del Espíritu de Dios. Es expresión de la presencia del Espíritu que funda la comunidad de fe en la unidad del cuerpo de Cristo. Por lo que sería incongruente solicitar espacios de diálogo externos sin antes cultivar las exigencias inherentes a la teología: “la incapacidad para el diálogo intra-teológico revelaría como vana la disposición para otros diálogos y privaría del entrenamiento imprescindible para afrontar otras experiencias de diálogo más arduas” (p. 133). De ese modo, ante la Iglesia aparecen diversos círculos dialógicos concéntricos: primero con el mundo, en especial los no creyentes; luego con los creyentes de las religiones no cristianas; en tercer lugar, con los cristianos de la Iglesias y comunidades separadas, llegando por fin al diálogo interno de la misma Iglesia.

Por lo tanto, la primera advertencia que hace la teología moral es al seno de la Iglesia cuyo magisterio pide procesos de renovación y conversión interna. Señalarlo lleva a la denuncia práctica de actitudes de indiferencia y de encastillamiento en las pinceladas de verdad que acompañan a cada línea de investigación. No se justifican por las incertidumbres del momento.

El diálogo eclesial debe aplicarse eficazmente en el proceso del desarrollo doctrinal en la que están implicado el magisterio, los fieles y la colaboración de los teólogos. Todos los sujetos aprenden recíprocamente al caminar juntos gracias al enriquecimiento de los diversos carismas y funciones. En ese ejercicio de búsqueda común se manifiesta y despliega externamente el ser dialogal de la Iglesia como familia. El diálogo pasa a ser algo entrañable, una exigencia que surge de las entrañas.

Si la teología, en concreto la teología moral, quiere ser ‘seriamente’ significativa no puede omitirse a un diálogo interno que integre el pluralismo de visiones, que respete la unidad y busque una buena articulación con el resto de los saberes teológicos compartiendo las fuentes que la alimentan. Probablemente el precio que pagar en caso de la opción contraria sea la irrelevancia social y -esto es lo fundamental- el incumpli-

miento de su tarea diaconal en la Iglesia y a la sociedad. Donde no hay teología crece la ideología. Sin diálogo, la verdad fácilmente degenera en ideología.

III.2. Los aportes sinodales como refuerzo del diálogo intraeclesial

La Tradición caracterizada por su dimensión dinámica, ante el desvelamiento progresivo de la verdad revelada (GS 44) en coherencia con Cristo y el kerigma, debe ser ampliada con voluntad recta de purificación de la memoria y de discernimiento personal y comunitario⁴. En la actual mudanza de época las distintas sensibilidades eclesiales se deben focalizar en lo esencial: el Evangelio de Jesús, que reclama “la combinación valiente de tradición e innovación, fidelidad y creatividad, y convoca al discernimiento que se hace en la Iglesia y la construye” (p. 195). Las categorías de encuentro y acontecimiento son preciosas para reflejar la participación de fieles, teólogos y pastores en el desarrollo doctrinal de la Revelación.

Además, parece prioritario centrarse en el espacio de los fieles: “necesitamos ahondar en qué consiste e implica el papel del pueblo de los bautizados en la evolución de la doctrina sobre fe y costumbres; también establecer la conexión entre el testimonio de la fe de los fieles y el magisterio del papa y los obispos” (p. 197). Por eso resalta la figura de la *restitutio* (del proceso sinodal) como complementaria de la *receptio* para la práctica del *sensus populi* (pp. 202-203). La *restitutio* es una muestra de las posibilidades de participación existentes en la dirección de una mayor escucha y mejor relación. Es un apoyo en favor de una compenetración más profunda que minimice los peligros de la recepción del progreso doctrinal. La experiencia de la conversación en el Espíritu y el método hermenéutico del círculo de la praxis o de la reflexión teológico-pastoral ofrecen seguridad para acercarse juntos a la verdad.

No estaría completo ese círculo si no se amplía el sujeto del discernimiento a aquellas personas que tradicionalmente han estado en el margen y que no han sido escuchadas ni han participado en los procesos decisivos. Su incorporación recupera la fuerza salvífica de la vida de los pobres, en los que la Iglesia encuentra “un criterio de discernimiento” (p. 219).

⁴ Desarrollado largamente en su obra anterior: *Conciencia, discernimiento y verdad*, Madrid 2019, esp. pp. 137-222.

Ellos ofrecen una clave de autenticidad y de concreción para transmitir el Evangelio.

Por su parte, la cátedra de la teología también tiene su espacio particular en ese proceso para “ser más solventes en el mayor servicio en favor de los valores del Reino apostando por el diálogo desde dentro de la historia humana” (p. 237). Con libertad, prudencia y sensibilidad los teólogos deben conocer internamente la realidad y a Jesucristo, yendo al corazón del kerigma, y cultivar la experiencia viva de la relación con Cristo. Deben acompañar, discernir e integrar.

Las actitudes sinodales situadas ante la pluralidad eclesial afectan igualmente a los pastores. Entre ellos parece estar surgiendo un “magisterio kerigmático” que no ofrece soluciones homogéneas “urbi et orbi”, y potencia una eclesiología de comunión (p. 225). Reposa sobre el reflejo de la acción pastoral del Señor, el acompañamiento y la atención a las situaciones de vida que hombres y mujeres están experimentando.

III.3. Tareas dialogales *extra ecclesiam*

Como desafío de fondo en estas tareas dialogales externas se intuye la cuestión del espacio público de las religiones. La conciencia de la complejidad de las sociedades exige pensar cuidadosamente el modo adecuado de participar en favor del bien común sin perder las galas identitarias. La Iglesia -en su modo de ser dialogal- se refleja en un perfil comunicativo y reconciliador. Su misión en sociedades divididas es participar como cauce de encuentro y de diálogo.

De manera que, en este aspecto, no es suficiente la búsqueda de la verdad que solo denuncie una deficiente presencia pública de lo religioso o el abordaje tamizado e interesado del problema. A las personas religiosas les compete “una grave responsabilidad en la promoción de una sana cultura del diálogo y del encuentro” (p. 297) y poner los medios para hacerse escuchar dentro de un marco plural. Deben demostrar su “capacidad de contribuir al consenso público, al diálogo, a la convivencia de la diversidad” en diversos ámbitos (p. 298). Por ello la teología moral “está obligada a buscar la manera de participar en esas experiencias de diálogo, y de ahí que deba disponerse debidamente para hacerlo y no cejar en su legítima reclamación de ser invitada a los foros donde esas experiencias se dan con rigor y responsabilidad en la búsqueda de la verdad” (p. 131).

Aquí es donde hay que servirse de las “actitudes kenóticas”. La soberbia y el orgullo inhabilitan para el diálogo y provocan rechazo e indiferencia. Son más apreciadas las actitudes que expresan una dimensión kenótica interiorizada, por recoger mejor la contribución servicial de la teología a la hora de plantear cuestiones fundamentales. El conocimiento intertransdisciplinario se nutre de la práctica de la autocrítica, la humildad de planteamientos, la inclusividad, la escucha, la acogida... actitudes que suman esfuerzos por la racionalidad dialógica, cordial y sinodal.

Las exigencias de la sinodalidad intraeclesial comprendida “como la escucha y el diálogo para la convivencia, el acuerdo y la comunión” (p. 222) tienen una dirección centrífuga hacia la humanidad, a la que la Iglesia tiene mucho que aportar y de la que tiene mucho que aprender. El criterio de universalidad -catolicidad- propio de la dinámica del Evangelio, que abraza todas las dimensiones de la existencia hasta impregnar una expectación escatológica, estimula los proyectos humanos en favor del bienestar de los pueblos y de la realización de un mundo mejor.

Justo es reconocer que a la contraparte de los ciudadanos que no practican ninguna religión se le pide examinar el esfuerzo de la teología por asumir esta universalidad, para honrar a la voz teológica permitiéndola un sillón con letra en la mesa del diálogo.

Para dialogar a la búsqueda de la verdad y recoger las contribuciones de las diversas ciencias referidos a los niveles de comprensión de la realidad -multidimensional, dinámica y relacional- se requiere el apoyo de la inter-trans-disciplinariedad. Martínez la interpreta en una doble dirección: horizontal, para expresar la conexión social de los saberes; y vertical, referida a la profundidad del conocimiento y las distintas dimensiones de la realidad. Actúa como un proceso abierto de comprensión progresiva que perfora los diversos niveles hasta llegar a las preguntas últimas, incorporadas desde disciplinas filosóficas y teológicas.

Tras identificar las coordenadas que marcan el cambio de paradigma en el horizonte epistemológico, la intertransdisciplinariedad permite que se pueda “ubicar a la teología moral en los diálogos que la ponen en relación con otras disciplinas” (p. 89). Para afrontar con valentía la revolución cultural (VG 3) que está teniendo lugar y mantener la continuidad con la Tradición se recurre a un método que desarrolla un nuevo sistema de conceptos y una nueva síntesis. Es inevitable que los descubrimientos

científicos y las posibilidades tecnológicas fuercen a repensar, desde su raíz, el paradigma teológico para comprender dichos hallazgos y valorar sus avances. En ello se juega su esencia: preguntarse por las posibilidades aun no realizadas de comprensión y expresión de las creencias cristianas. Es un desafío a la capacidad comprensiva y de aproximación dialógica a las ciencias: “¿Acaso no puede el método teológico apropiarse de valiosos aportes procedentes de la metodología científica o de la filosofía de la ciencia?” (p. 97).

Aunque está inserta en la intuición del Concilio respecto al trabajo de renovación de la teología moral “a la luz del Evangelio y de la experiencia humana” (GS 46), -feliz expresión que permite combinar creativamente las dimensiones deductiva e inductiva del conocimiento moral-, esa capacidad de diálogo con las ciencias se capta de modo todavía insuficiente en los actores de la enseñanza e investigación teológica.

III.4. Encomiendas para las ciencias humanas

En un mundo interconectado, la exigencia de seriedad académica no es exclusiva de la teología empeñada en revisar sus principios metodológicos y alimentar una constante tarea de actualización. El diálogo “en sinergia generosa y abierta con todas las instancias positivas que hacen crecer la conciencia humana universal” (p. 66), se dice para la Iglesia y la teología. No obstante, su eco resuena en los despachos de los estudiosos y en los laboratorios de las ciencias humanas afectados por el riesgo de polarización ideológica, y estrechados por el corsé burocrático de la investigación académica, el impacto social y los recursos limitados. Las actitudes dogmáticas y la indiferencia académica también pueden fraguarse entre las metodologías y los reduccionismos científicos.

Para completar las verdades imprescindibles, pero parciales, de cada ciencia se debe provocar la pregunta por la verdad en sentido pleno y re-descubrir constantemente la amplitud de la razón y la necesidad del diálogo inter- y trans-disciplinario. Con esta intuición de fondo, la teología soporta una primera obligación dialógica “aunque en otros campos del conocimiento no hagan ningún campo de acercamiento a la teología” (p. 98).

En un primer momento se acompaña por la filosofía, a la que une una relación especial por compartir pretensión de totalidad y universal-

dad, como ciencia fundamental para esclarecer el sentido de la existencia. Junto a la antropología teológica trabaja para articular un círculo hermenéutico con la realidad científico-técnica que, en su apertura a la totalidad, debe abrir un espacio a la trascendencia para no impedir el diálogo. De modo que, la importancia y la enorme necesidad de un ‘ecumenismo cultural’ (p. 279) afecta a todos los buscadores de la verdad

IV. Importancia de la obra

El conjunto de la obra destaca por ser una voz habilitada para tomar una fotografía del momento académico y teológico actual realizada con un amplio zoom bien enfocado ante los detalles más significativos.

Es testigo cualificado del amanecer de una verdad que necesita ser compartida, dialogada, apreciada, de mutua enseñanza y aprendizaje recíproco entre la Iglesia y el mundo. Identifica una tensión constante por alcanzar síntesis de los conocimientos e integración de saberes en un proceso de circularidad beneficioso para todas las ciencias. Tiene en cuenta la amenaza del poder tecnocrático que puede reducirlos a bienes internos, ajenos a un discernimiento sin límites éticos camuflado bajo el manto benéfico del progreso científico. Así las cosas, es una llamada a alimentar un horizonte sapiencial donde los logros científicos y tecnológicos estén acompañados por valores genuinos. Estos deben ser sustentados por la razón filosófica y teológica que formulan preguntas cognitivas esenciales, centradas en las personas y en sus relaciones fundamentales.

Es un trabajo ambicioso en su planteamiento dialogal. Construido sobre déficits actuales desea provocar la estimulante tarea de compartir la búsqueda de propuestas de verdad que abran los caminos de un futuro esperanzador para la humanidad. Preocupado por la realidad eclesial y social, en las que hay tensiones irresueltas que piden el rescate de un diálogo sincero, aspira a una colaboración voluntaria y a una participación eficaz que proporcione el auténtico desarrollo.

Tiene visión de futuro. Anticipa que la diversidad cultural será mayor en el futuro y trata de preparar la estructura social y política que de ello se derive. “Parece necesario superar definitivamente planteamientos simplificadores que contraponen derechos individuales e identidades colectivas” (p. 283). Y partiendo de la experiencia en el discernimiento público advierte a la teología la complejidad de la participación social en el orden

temporal -con diálogos asimétricos-, tanto en su dimensión crítica – especialmente en el ámbito de la justicia donde puede levantar su voz- como aplicativa, donde se medirá su equilibrio en medio de formas particulares o sistemas no universales.

Goza de una mirada positiva en la integración de la razón y la fe. Es posible articular las exigencias de la vida y la investigación civil junto con las aportaciones de las religiones y de la Iglesia. En ello el texto es heredero del Concilio Vaticano II. Ya Pablo VI en su discurso de la apertura de la II sesión señaló que la Iglesia mira al mundo con sincera admiración y con sincero propósito de servirlo, de valorizarlo y confrontarlo y salvarlo (29/9/63). Aunque es posible que el mundo -al dialogo se le echa muy en falta en el mundo civil- y parte de la Iglesia todavía no hayan recibido este anuncio papal. Ambas limitaciones le preocupan a Martínez, que entiende el mayor riesgo que en ello lleva la Iglesia por lo que en ese empeño se juega.

Despeja la duda de la participación de la Iglesia, pastores, teólogos y fieles en los debates públicos. Reclama el lugar adecuado en virtud del derecho a la libertad religiosa y de un sano desempeño de la ciudadanía democrática. Esta lleva a respetar la autonomía de las realidades terrenas y asumir la falta de competencia de la Iglesia en las tareas de legislar, juzgar o gobernar los asuntos seculares.

Es universalizadora al ampliar la convocatoria de actores y crear puentes entre el campo científico y el social, ensanchando los horizontes de la racionalidad hacia el bien común que reclama para la política. Sobran las situaciones de violencia, los intereses subyacentes que las soporitan, el desinterés por el bien común, la pérdida del sentido de la historia, y la concepción de un ser humano en riesgo de ser reducido a un simple engranaje de un mecanismo que lo trata como un bien de consumo

Es exigente cuando pide ‘conversaciones serias’ (p. 84). Lo cual significa para las personas no religiosas identificar señalar y evitar sus propios dogmatismos, y advertir la época teológica actual en el que destaca el esfuerzo dialogal de la mayoría de la teología, a pesar de la permanencia de reductos resistentes. A los creyentes les exige una apuesta por “una comunicación dialógica que, con integridad, busque hacerse accesible e inteligible, con respeto a la diversidad y sin renunciadas a la propia identidad” (p. 68). La teología debe prepararse para el diálogo con todas las formas de la racionalidad humana. Participa de “una llamada perentoria para

que, a la luz de las diversas tradiciones religiosas y sabidurías respectivas, discernamos los valores capaces de iluminar a los hombres y mujeres de todos los pueblos de la tierra” (p. 259).

Es revitalizadora de la moral, en las fuentes, en los contenidos y en los sujetos implicados. Relaciona la solicitud del concilio de ‘reteologizar’ la moral cristiana con la exigencia de poner los suficientes medios para alcanzar la profundidad teológica que remate las investigaciones intertransdisciplinarias.

No olvida al fiel pueblo de Dios cuando enraíza sus enseñanzas en el proceso actual de sinodalidad potenciado por el papa Francisco. Cada persona tiene necesidad de ser un sujeto auténtico que adquiere conciencia de sí mismo en el contacto con la realidad y la alteridad. No obstante, es necesario seguir avanzando en el reconocimiento de las formas que tiene el pueblo de Dios para ejercer su autoridad no funcional en la expresión doctrinal de la fe. Reta a dar cauce al sentido de la fe de los fieles desde la articulación de la recepción y la restitución. Lo que configura el primado, la colegialidad y la sinodalidad del modo que mejor exprese la corresponsabilidad de todos, manteniendo el principio jerárquico al servicio de la comunión eclesial. Se fija en los desarrollos del magisterio que va tomando forma como un nuevo paradigma de “magisterio kerigmático”, repensando el papel del papado en el momento actual.

Es un trabajo que entronca a la teología en las enseñanzas conciliares cuyos desarrollos han de ser actualizados en cada momento con valentía. La experiencia solicitada por el Vaticano II supone conocer, elegir y actuar. También se incluye el ‘sentir’. En situaciones de conflicto pasa por “generar espacios y procesos de diálogo serios donde se den la escucha y la manifestación sincera para acercarse lo más posible a la verdad” (p. 179). De ese modo, se fortalece la vocación de los teólogos morales, que pertrechados de una razón teológica abierta salen al encuentro de nuevas categorías engendradas por otros saberes, para pensar de modo unificado los abordajes éticos de los ámbitos personal y social. Centrados en el kerigma podrán trabajar de modo profético, sin perder rigor ni profundidad académica, si se permiten actitudes de fidelidad creativa para que el anuncio evangélico sea mejor recibido y acogido.

Por último, tiene el inmenso valor de estimular la fidelidad a la vocación eclesial del teólogo, que se reafirma en el profundizar y esclarecer el discernimiento eclesial de las verdades de la fe y la moral sirviendo a

los fieles y pastores: “los teólogos/as tenemos una misión indispensable a favor del pueblo de Dios, para la cual se requieren un profundo sentido de fidelidad, autonomía con sentido de la comunión, libertad con creatividad, continuo perfeccionamiento metodológico y autenticidad basados en la conversión religiosa, moral e intelectual de todos los fieles, teólogos y pastores” (p. 362).